



EL CIEGO DE LAS COPLAS O LOS ROMANCES DE CIEGO

POR JESÚS PULIDO RUIZ

Corre la década de los cincuenta. Los años del hambre, aquellos años de niños de barrigas hinchadas y raquitismo, de braceros y jornaleros parados, que como consuelo les quedaba hacerse usuarios de los comedores sociales, parecen de algún modo superados. Pero son años todavía en los que la escasez sigue clavando sus incisivos en muchos. Años en que tener algo es tener bastante para el gran batallón de desheredados de aquellos tiempos. La gente se gana el pan donde y como puede, y para ello hacen lo que sea, o como suele decirse, lo que Dios buenamente le da a entender a uno.

Por la calle de los Labradores sube un hombre de aspecto decrepito cargado con los trebejos de su espectáculo. Va de la mano de un mozalbete de apenas doce años. Se detienen cerca de las Cuatro Esquinas. Debe ser la hora cercana al mediodía. Estamos en el declive de la primavera y el calor empieza a cebarse con los primeros curiosos que asisten a la "representación" hincándoles su ponzoñoso picor como uña de alacrán. A la sombra, ayudado por su lazarillo, comienza a desenrollar sobre un trípode una sábana pintada con una especie de viñetas. Lanza al viento su llamada de atención al personal:

"Hombres, mujeres y niños, / mendigos y caballeros,
paisanos y militares, / carcamales y mancebos.

El que ya no peina canas / porque se quedó sin pelo,
y el que el tupé se compone / con bandolina y unguento..."

Los rostros van asomando por los umbrales de las puertas o tras las cortinillas de las ventanas.

- María, que ha llegado el hombre de las coplas. Vamos a ver qué historias trae - grita una mujer en un patio vecinal uniformada con el mandil de las faenas domésticas.

- Ya voy, Lucía. Arrimo el puchero a la lumbre y vamos a ver qué trae esta vez el ciego.

- Sí, sí, ciego... Ése ve más que vosotras dos juntas - interviene con una actitud de incredulidad, mezclada con poquito de malaleche, el marido de la mujer reclamada.

- ¡Pero qué dices, Vicente!, si es el pobre viejo de todos los años.

- Anda, anda, Lucía, no hagas caso a este gruñón, que está siempre con sus tonterías... Siempre metiéndose con todo y sacando faltas... Lo que tienes que hacer es echar de vez en cuando un ojo al puchero con la comida, no se vaya quedar sin agua. Ahora venimos.

- Bueno, bueno, ya me diréis si llevo razón o no... - vuelve a la carga el varón, seco como la mojama y vestido con una camiseta de tirantes, que alguna vez fue blanca, condecorada con múltiples lamparones.

- Pues me ha dicho la Julia, que le oyó está mañana cerca de la Glorieta, que trae unas coplas mu' bonitas. Una sobre dos hermanos que se separan de pequeños y se vuelven a encontrar muchos años después, ya de mayores, y otra sobre una muchacha que se mata porque la dejó el novio...

- Espera, María. Voy a dejar el mandil aquí, al lao de la

puerta, que está mu' guarro y me da no sé qué salir a la calle con él puesto.

El ciego airea sus pliegos y los va colocando en una cuerda sujetos por unos trozos de caña a modos de pinzas. Después, armado con una varita como puntero, bien calculada y aprendida la distancia y situación de las escenas, va señalando los recuadros con los dibujos a la vez que narra el pasaje de la historia que representa:

Sagrada Virgen del Carmen, / dame fuerzas y poderes

para explicar el milagro / que has hecho con tus deberes.

Eran dos hermanos huérfanos / criados en Barcelona.

El niño se llama Enrique, / la niña se llama Lola...

La gente sigue acudiendo y arremolinándose alrededor del invidente. Una mujer con aires de madre abadesa sargentona impone silencio al grupo de rapaces más escandalosos. El que parece menor de todos ellos, en aparente meditación, explora con el dedo índice en uno de sus orificios nasales en busca del "preciado tesoro", del que luego se desprenderá lanzándolo como si de una blanda y minúscula canica se tratase. Otros, más que escuchar al narrador, miran con cierta envidia al pequeño ayudante, calado con una gorra de visera, el cual, al sentirse blanco de las miradas admirativas de sus jóvenes coetáneos, parece adoptar una pose un tanto arrogante.

El Enrique se marchó, / se marchó "pa'el" extranjero;

navegando por los mares / se hizo un grande caballero.

Disfruta de lo que quiere, / disfruta de su mejora,

tiene todos sus regalos / sin acordarse de Lola.

Mientras que la Lola llora / noche y día por su hermano,

a la Virgen del Rosario, / le reza por encontrarlo.

Se ha acercado un caballero / para casarse con Lola,

Lola acepta el casamiento / sólo por no hallarse sola.

El sol, agazapado sobre los tejados más altos, mordisquea lenta y paulatinamente, sin compasión alguna, el cuchillo de sombra que acoge el espectáculo. Por un momento algunas nubecillas descarriadas aplacan las bocanadas ardientes del astro rey, acción que el público toma como una minúscula, pero bienvenida, tregua ante su insistente e implacable opresión.

El cacharrero, que cruza ante el grupo de absortos oyentes, silencia respetuoso el pregón de sus mercancías para no perturbar la audición, en tanto que el traqueteo del carro parece adoptar una cadencia más sosegada y tranquila, llegando a ser, diría uno, hasta melodioso.

(...) Su marido cayó malo / de las fiebres amarillas

y al poco tiempo la Lola / quedó en el mundo solita.

Quedó en el mundo solita / y ya se ha visto obligada

a pedir una limosna / que se encuentra desmallada.

Se ha acercado un caballero / a pedirle una limosna.

El caballero le dice / con sentimiento: "perdona".

De que el caballero vio / a aquella joven llorar,